

domingo, julio 14, 1996

Continuidad



Ayer, tomando el primer café de la mañana, vi, donde habían estado anteriormente las excavadoras y los jubilados con las manos cruzadas a la espalda, atracadas dos embarcaciones de recreo.

Entré a contárselo a mi marido: “hay dos yates ahí abajo”.

Él preguntó escéptico “¿dónde?”.

– ¿Dónde iba a ser?

No se acostumbra a que ahora vivimos aquí y parece sorprenderse, cada día, cuando se asoma a la ventana y se encara al panorama refrescante.

A veces pienso que añora el barrio ruidoso, de calles estrechas y fachadas ennegrecidas por el humo, donde vivíamos antes; pero si se lo digo contesta que qué tontería, que está encantado y que, de haberlo sabido, hubiésemos debido mudarnos hace tiempo.

– ¿“De haber sabido” – le pregunto –: qué?

Responde entonces que ha hablado sin pensar, que ha dicho “de haberlo sabido” sin estar considerando seriamente que hubiera algo que saber. Pero no sé si termino de creerlo sintiéndolo, como lo noto, tan ausente y con deseo de regresar al interior donde, imagino, se encogerá de hombros e ignorará haber visto nada.

Sospecho que lo que de verdad le desagrada son los cambios, sin importarle en absoluto que sean para mejor. Pero, bueno, miró aunque fuera sin muchas ganas y dijo:

– ¿“Yates”, son yates de verdad esos barcos?

–Sí.

Quedaba un poco de café en el fondo de la taza y lo bebí de un solo sorbo; él opinaba, sin embargo, que eran veleros. Dejé la taza a un lado y dije «puede ser».

No tenemos hijos. Si los tuviéramos quizás nuestras conversaciones fuesen distintas; no demasiado pero un poco más parecidas tal vez a las que mantienen los matrimonios que han de velar por seres de los que son responsables. Entonces diríamos, él o yo, «este chico o esta chica, no sé, pero lo encuentro raro o rara»; y el otro respondería:

- ¿Tú crees?
- Sí; parece triste últimamente... o distraído o, por qué no, un poquito absorta.
- ¿En qué quedamos?
- ¿Qué importancia puede tener eso? – Alguno de los dos, un poco irritado –: el asunto puede ser serio y, nosotros, aquí, parándonos en detallitos...
- No veo la necesidad de dramatizar.
- Tampoco yo; pero si te parece menos catastrófico lo podemos dejar en «sin terminarse de centrar, con la cabeza en otra parte», o algo así. No pretendo afirmar rotundamente que... Bueno: no sé.
- A mí, en cambio, me seduce más imaginar que se trata de una persona alegre.
- ¿Alegre?
- Optimista.
- ¿Por algún motivo en concreto?
- Pues, así, al pronto... Pero alguno habrá.
- Ya, pero sin ni una noción siquiera...

Me refiero a, por precisar, esos diálogos mediante los que aun a base de desacuerdos se llega a conclusiones vitales por las que merece empecinarse y batallar aunque, cuando antes o después los ánimos se calman, se termina admitiendo que se siente lo siento y que [no era para ponerse así](#).

Pero no es el caso, ya digo; no al menos en la actualidad.

En el pasado, sí: tuvimos un hijo.

Nació y creció y durante unos años siguió siendo nuestro sin que se nos ocurriera ni por un instante sospechar o temer que algún día...

Fue una imprevisión, ya lo sé, pero las personas normales y corrientes no se pasan la vida sospechando y temiendo; o no al menos constantemente y sin tomarse jamás un respiro.

Había sido, creo recordarlo bien, un fin de semana complicado y no porque se acumularan contrariedades nada más y una tras otra; no: cuando los acontecimientos que se van encadenando muestran todos un perfil adverso se les coge el tranquillo y, yo siempre lo digo, se tira para adelante con una relativa facilidad. Lo malo de aquel fin de semana fue su discontinuidad, el que sin ningún criterio previsible se entremezclasen distintas piezas de diferentes puzzles que tendrían que estar cada cual en su caja respectiva y, quien inocentemente levanta la tapa, intenta armarlo sin saber que va a ser imposible hacerlas encajar.

Ya sé; ya sé que puede no intentarse, y dejar que las piececitas del puzzle o los varios puzzles revueltos se mueran de aburrimiento esperando a que alguien abra la dichosa caja en la idea de encontrar una mantelería para doce o una manta eléctrica que en toda su vida buscará... Pero sé también, igual que todo el mundo, que... no se me ocurre nada especialmente ingenioso ahora mismo; no me importa ninguna caja ni qué pueda contener aunque mañana, o dentro de un rato, me dé de bofetadas porque necesito algo que no logro recordar en cuál está. Lo que quiero decir es que ni su padre ni yo estábamos de un humor del todo

bueno ni decididamente malo, ni locos de contento ni al borde de la desesperación, ni tronchándonos de risa ni deshaciéndonos en lágrimas, ni aburridos como ostras ni... Bueno: el caso fue que mató al hámster.

El niño tenía siete años, y sus manos y las tijeras estaban manchadas de sangre, y el animalillo también ensangrentado abierto en canal.

Vino y nos lo enseñó, sin decir nada. Sólo nos lo mostraba mirándonos alternativamente a su padre y a mí sin que pueda decirse que hubiese en su cara ninguna expresión especial.

Él, mi marido, se quedó callado un instante pero intentó enseguida decir algo y recuerdo que se movió hacia el niño.

Yo no dije nada, ni sé qué cara puse, nada más puedo decir que se lo quité de las manos y fui a la cocina y anduve en el cajón de los cubiertos y, con un tenedor que es lo primero que encontré, escarbé en una maceta de la terraza; y ya iba a depositar el cuerpo tan pequeño en el hoyo que había hecho cuando pensé envolverlo en algo, no sé por qué, y busqué un kleenex y pensé también «y una bolsa de plástico» pero luego me dije que el plástico me daba sensación de claustrofobia y que mejor sólo el pañuelo de papel...

Aquella noche no le ofrecí, como hacía siempre, trocearle la tortilla francesa, ni pelarle la fruta; y cuando lo llevé a acostar presté atención a no hacer ningún movimiento brusco al meterle las mangas del pijama, y se lo abroché hasta arriba, con cuidado y no un poco de cualquier manera y hasta puede que cojo y hala, ya está como otras tantas noches, hablando, o riéndonos, o canturreando alguna canción que le gustara. No cantamos aquella noche, ni hablamos ni nos reímos, ni le retorcí un brazo sin querer al meterle las mangas y lo arropé muy bien arropado pendiente en todo momento de no tener el ceño fruncido; pero no le di un beso. Mi marido, cuando estuvimos solos, dijo hablaré con él y que tal vez los niños, quién sabía, no tengan una noción clara de qué...; sin que tuviese forzosamente que ser maldad.

No le contesté; cerré los ojos y me hice la dormida.

Nunca quise hablar del asunto; ni saber si su padre le había dicho ni qué. Y desde aquel día puse un especial empeño en ser una madre correcta, eficiente; en que las comidas estuviesen bien condimentadas y la ropa bien planchada; y estuve atenta siempre a que no le faltase nada de lo necesario y, como cualquier madre, si estaba enfermo o nada más me lo parecía a mí lo llevaba al médico.

Pero no volví jamás a darle un beso. Ni a gastarle una broma. Ni recibió ya nunca de mí la menor muestra de cariño.

A los dieciséis años se suicidó. Se tiró por una ventana.

Así que hace ya mucho que no tenemos hijos... “hijo”, mejor dicho; que él había sido el único puesto que, la niña, quieras que no, no se la puede considerar... Oh, sí, desde luego que la quisimos siempre mucho; incluso después de lo del hámster más si cabe, yo por lo menos, que a un hijo de verdad. Pero...

No sé. Siempre se ha dicho eso de “el roce hace el cariño” pero yo no acabo de... Un cariño hecho a base de roce podrá ser... pues,

“costumbre”, pero... cariño, cariño; un poquito hoy y mañana un poco más y, con tiempo y paciencia, perseverando... No; no lo encajo yo... Lo veo algo así como sacarle brillo al culo de una sartén, que, a base de frotar...

Y la quiero, sin embargo, aun hoy que ya es mayor y hace años que vive lejos y apenas si nos vemos; pero sé que la quiero. Así que el roce no...

Aunque tampoco sé por qué la quiero, la verdad.

A veces se lo digo a mi marido.

– ¿te imaginas? – Le digo –: igual que fue ella pudo haber sido cualquier otra de tantas como había en aquel orfanato.

– Ya – me dice él –, pero fue ella.

– No, si si eso sí; pero que tuvimos suerte, ¿no?

– La verdad es que sí. Es una criatura tan...

– ¿Y qué que sea “tan”? – Porque ella fue siempre verdaderamente encantadora, pero esa manera de él de razonar a veces me pone un poquito... –: el mundo está lleno de personas que son auténticos dechados de virtud, pero, por lo que sea, a uno no le terminan de... Por eso considero que tuvimos suerte. A veces pienso que pudo ser otra y se me pone un nudo; una congoja sólo de imaginar que por esos azares del dest... pues: eso, que nos hubiésemos podido quedar para siempre sin conocer a alguien a quien queremos tanto sólo por una casua... porque te pones a gestionar los papeles un poquito antes o un poquito después o porque alguien la vio primero o...

– A otra – contesta él – la habrías querido exactamente igual.

¿Cómo se puede ser tan acomodaticio con esa naturalidad?

Y sin embargo – quien lo entienda que lo compre – los cambios no terminan a él de... Tarda mucho, muchísimo en aceptar que una situación es nueva, distinta; que algo ha cambiado... Cuando algo cambia, quiero decir...

– Bueno – dije, y eché mano a la taza sin mirar y me bebí el último sorbo de caf...ah, pero ya no había –, me voy a abrir.

Dejé la taza vacía en la esquina del buró y me marché a la agencia, en el barrio viejo, bueno: antiguo... Quiero decir nuestro barrio de antes; ni viejo ni antiguo sino uno de tantos, sin encanto.

Mi marido dice tanta ilusión con mudarte y qué has ganado; porque allí, eso es verdad, tenía la agencia a la vuelta de la esquina... dos esquinas, pero que: a un paso, como quien dice... Ahora, en cambio, tengo que coger el coche o, si no quiero, dos autobuses o el metro.

Pero a mí no me importa. Así me muevo y, si voy con tiempo de sobra porque me gusta madrugar, del primero de los dos me bajo una parada antes, y camino hasta la próxima parada del otro viendo otras calles y otros perros llevados por otros dueños; y otros canarios en otras jaulas en ventanas dist...

Además, aquí estamos al ladito del mar y, por lo menos durante una temporada, será un poco parecido a estar todo el rato de veraneo; y en último caso, si nos cansamos, pues nos volvemos a mudar... Para eso tengo la facilidad de la agencia, ¿no? Claro que con este hombre que tan casi nada le gustan los camb... Pero, total,

él trabaja en casa, ¿qué más tendría que darle aquí o allá?
Cuando volví a la noche – porque como en una cafetería, o en alguno de los restaurantes por los que antes pasaba a diario pero nunca entraba; gente que llevaba ahí toda la vida, igual que yo, y no la conocía, porque como mi casa estaba tan cerc... Mira, eso he ganado, algunas veces se lo digo: no cocinar...Y como él se apaña con cualquier cosa o de la comida ni se acuerda... – le dije donde te dejé te encuentro.

Porque es verdad: detrás de su mesa de siempre, haciendo el mismo trabajo de siempre...Iba a decir en el mismo ordenador de siempre pero, no: el ordenador es nuevo porque el anterior se rompió.

– ¿Y dónde esperabas encontrarme? – contestó él.

– Pues... no sé; no se me ocurre así al pronto.

– ¿Por qué tendría entonces que ocurrírseme a mí?

– ¡Qué tontería de pregunta!

– No te vayas por la tangente y dime por qué.

– ¿Por qué tendría que ocurrírsete a ti? – dije; que no sé por cierto si se entenderá no estando oyéndome, allí, frente a él, quitándome muy cargada de razón las gafas como entonces las gafas aun no...

Porque puede parecer que yo le estoy preguntando el porqué a él cuando, en realidad, lo que estoy queriendo decir es si es eso lo que quiere saber. Parece, sin embargo, que el me entendió; porque lo que contestó fue:

– Exactamente.

Claro que, no es que él sea muy inteligente; es que la diferencia de entonación entre la pregunta y el estar preguntando si es esa la pregunta, a muy poquito oído que se tenga, la aprecia cualquiera. De cualquier modo le respondí que porque el protagonista era él.

– ¿De qué tengo que ser protagonista?

– De lo que estamos tratando – le contesté.

– ¿De lo que estamos tratando?

– Para que yo te encuentre donde sea – le dije – tu tendrás que ser quien vaya donde sea, y se coloque allí; y entonces yo te encontraré... ¿o no?

– No sé si es tan sencillo.

Por eso le digo que él nunca hubiese podido inventar algo así; y si al menos hubiese sido cuando lo del niño, y el hámster, y todo eso, puedes achacarlo a... no sé; algo tipo trauma o algo así, ¿entiende?

Publicado por gracia clotilde en 23:56 

miércoles, diciembre 03, 2008

Nota

Pero que sucedió - dijo - mucho tiempo después.

Publicado por georgina en 01:22 

Etiquetas: De historias y palabras